

Mi balance al corte de caja

Rosalinda Arredondo Maciel

Maestría en Investigación Educativa. Docente del Centro de Investigaciones Pedagógicas y Sociales. rosalinda.arredondo@cips.edu.mx

El 26 de abril próximo pasado cumplí 46 años de ser docente frente a grupo. Por azares del destino me invitaron a hacerme cargo de un grupo de 46 niñas que cursaban el cuarto año de educación primaria en un colegio particular de la ciudad de Guadalajara, Jalisco, México. Era un grupo especial, por diversos motivos habían tenido tres maestras que me antecedieron, yo fui la cuarta, la última de ellas, aprovechando que el 12 de abril iniciaba el periodo vacacional de Semana Santa y Pascua de 1976, renunció, explicándole a la directora que era un grupo ingobernable y se declaraba incapaz de disciplinarlo y llevar a cabo el proceso enseñanza-aprendizaje.

Ese bendito lunes y los dos días que le siguieron tuve la oportunidad de corroborar que efectivamente, era un grupo que sobrepasaba y con mucho la efervescencia natural de las niñas de 9-10 años. El miércoles 28 llegué decidida a renunciar y al concluir la jornada laboral de ese día hablaría con la directora para darle las gracias y decirle que yo tampoco podía realizar mi labor docente con un grupo de esas características. Impaciente esperé el toque de salida y una vez que hube despedido al grupo me dirigí presurosa a la dirección para comunicarle mi determinación; en el trayecto, una de las niñas del grupo me detuvo para darme un dibujo hecho por ella donde aparecía un corazón con muchas florecitas y la palabra “gracias”, me dio un beso en la mejilla y corrió hacia la salida. Hice antesala frente a la dirección y cuando al fin se desocupó la directora me pidió que entrara; antes que pudiera pronunciar palabra me felicitó y me dijo que estaba sorprendida de ver que en tan poco tiempo, ya estaba logrando controlar al grupo. Me sentí desconcertada mientras que la directora continuaba elogiando mi desempeño y animándome a seguir por ese camino pues estaba segura que lograría sacarlo adelante. Cuando terminó de hablar, ya había echado por tierra mis argumentos de renuncia y no me atreví a decirle que hasta ahí habían llegado mis fuerzas y mis afanes.

Seguramente la directora era muy perspicaz y supo como convencerme y motivarme a seguir adelante. El 30 de junio se llevó a cabo el festival de clausura del ciclo escolar y yo me sentí satisfecha de haber logrado superar lo que consideré mi prueba de fuego como docente de primaria.

A lo largo de mi trayectoria he tenido oportunidad de trabajar casi en todos los niveles de educación básica y superior, excepto en preescolar y bachillerato, y me siento afortunada de haber conocido a tantas personas maravillosas que han enriquecido mi vida: mis alumnos, los padres de familia, las autoridades educativas, los compañeros de trabajo, mis maestros; indudablemente la profesión docente es una fuente inagotable de vivencias que te van nutriendo a lo largo de toda la vida.

Nunca como hoy añoro la risa cristalina y las miradas llenas de curiosidad y entusiasmo de mis alumnos de primaria; la ansiedad intrépida por descubrir el mundo y sus enigmas de mis alumnos de secundaria; la mirada soñadora de mis alumnos de Normal básica y superior que se sienten con los ánimos de cambiar el mundo mediante la educación y el esfuerzo incansable y, a veces, sobrehumano de mis alumnos de posgrado por superarse para dar lo mejor de ellos mismos en todos los ámbitos de trabajo en los que se desenvuelven. Pensando en ellos es como me doy cuenta que vale la pena acompañarlos en las diversas etapas de sus vidas.

Pese a los difíciles tiempos que estamos viviendo, tengo la seguridad de que el futuro será mejor para la humanidad porque tenemos que llegar a un punto de equilibrio que nos permita reorientar el rumbo y mucho de ello está en manos de los maestros que luchan día a día por inculcar en sus alumnos los valores universales y que con su ejemplo enseñan más que con las palabras. Creo que todos llevamos en la mente y en nuestro corazón las enseñanzas que recibimos de algunos maestros con los que tuvimos la suerte de cruzarnos y que de alguna manera influyeron para que llegáramos a ser lo que hoy somos.

Ahora me encuentro a unos cuantos meses de iniciar mi proceso de jubilación y lo hago no porque esté cansada físicamente, o de encontrarme eventualmente frente a un grupo de jóvenes que estudian un posgrado, sino porque poco a poco me he ido dando cuenta que mis conocimientos y habilidades docentes están mermando y ya no doy todo lo que quisiera a mis alumnos, sin embargo, me reconforta saber que muchos de ellos han tomado o tomarán la estafeta que estoy por dejar y seguirán ejerciendo esta profesión que se convierte en el motor de la vida de quienes la abrazamos. ¡Tengo fe en el futuro de la educación y de sus docentes!